

LA
EVOLUCIÓN
DE
CALPURNIA
TATE



JACQUELINE KELLY

La evolución de Calpurnia Tate



La evolución de Calpurnia Tate

Jacqueline Kelly

Traducción de Isabel Margelí

Rocaeditorial

Copyright © 2009 by Jacqueline Kelly

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Isabel Margelí
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocabolsillo.com
www.rocabolsillo.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-49-3
Depósito legal: B. 47.400-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi madre, Noeline Kelly
Para mi padre, Brian Kelly
Para mi esposo, Robert Duncan

Capítulo 1

El origen de las especies

Cuando un joven naturalista emprende el estudio de un grupo de organismos desconocido para él, al principio está demasiado perplejo para establecer las diferencias que hay que considerar [...], pues desconoce el grado y el tipo de variación al que ese grupo está sujeto.

Darwin, *El origen de las especies*

9

En 1899 ya habíamos aprendido a dominar la oscuridad, pero no el calor de Texas. Nos levantábamos de noche, horas antes del amanecer, cuando apenas había una mancha añil en el cielo oriental y el resto del horizonte seguía negro como el carbón. Encendíamos nuestras lámparas de queroseno y salíamos con ellas por delante, como si fueran nuestros propios solecitos titilantes. Nos esperaba mucho trabajo antes del mediodía, cuando el mortal calor nos devolvía a todos al interior de nuestra gran casa y nos tumbábamos en los cuartos sombríos de postigos cerrados y techos altos, como víctimas sudorosas. El habitual remedio veraniego de mamá de salpicar las sábanas con refrescante colonia sólo duraba un minuto. A las tres de la tarde, cuando era hora de ponerse en pie, la temperatura aún era criminal.

El calor era un suplicio para todos los que vivíamos en Fen-tress, pero las que más lo sufrían eran las mujeres, con sus enaguas y corsés. (A mí todavía me faltaban unos años para esa forma de tortura exclusivamente femenina.) Se aflojaban las

cotillas y se pasaban las horas suspirando, y maldecían el calor y también a sus maridos, por haberlas llevado al condado de Caldwell a plantar algodón y pacanas y criar ganado. Mamá abandonaba temporalmente sus peinados postizos: un falso flequillo ondulado y un mechón rizado de pelo de caballo, las bases sobre las que cada día construía una elaborada montaña de su propio pelo. Como eran días en que no recibíamos visitas, hasta metía la cabeza bajo el grifo de la cocina mientras Viola, nuestra cocinera mulata, le daba a la bomba de agua y se la dejaba empapada. Teníamos orden de no reírnos ante ese espectáculo asombroso. Y a medida que la dignidad de mamá iba sucumbiendo al calor, descubríamos (igual que papá) que lo mejor era apartarse de su vista.

10

Aquel verano, yo tenía once años y era la única chica de siete hermanos. ¿Os podéis imaginar una situación peor? Me llamo Calpurnia Virginia Tate, pero entonces todo el mundo me llamaba Callie Vee. Estaba justo entre tres hermanos mayores —Harry, Sam Houston y Lamar— y tres más jóvenes —Travis, Sul Ross y el benjamín, Jim Bowie, al que llamábamos J.B.—. Los pequeños conseguían dormirse de verdad a mediodía, a veces incluso apilados unos encima de otros como cachorros empapados y humeantes. Tanto los hombres que llegaban del campo como mi padre, de vuelta de su despacho en la limpiadora de algodón, también dormían, después de regarse con cubos de agua tibia del pozo en el porche de la siesta, antes de caer noqueados en sus camas de cuerda.

El calor era un suplicio, sí, pero también me daba libertad. Mientras el resto de la familia se tambaleaba y dormitaba, yo me iba en secreto al río San Marcos a disfrutar de mi paréntesis diario sin escuela, sin unos hermanos irritantes y sin madre. No es que tuviera permiso para hacerlo, exactamente, pero nadie me había dicho que no pudiera. Y si salía airosa era porque tenía mi propia habitación, mientras que todos mis hermanos tenían que compartirla y se habrían chivado de ello en medio segundo. Que yo supiera, eso era lo único bueno de ser una sola chica.

Nuestra casa estaba separada del río por una parcela, con forma de media luna, de dos hectáreas de hierba salvaje y caó-

tica. Habría sido muy complicado abrirme camino atravesándola de no ser porque los clientes habituales del río —perros, ciervos y hermanos— mantenían un estrecho sendero pisoteado entre los traicioneros pinchos de los abrojos, que crecían a la altura de mi cabeza y se me enganchaban en el pelo y en el delantal cuando me encogía para pasar por en medio. Después me desnudaba hasta quedarme en camisola y flotaba de espaldas, con la tela hinchándose delicadamente a mi alrededor en las suaves corrientes, y me deleitaba con la frescura del agua que fluía en torno a mí. Yo era una nube del río que giraba despacio en los remolinos y alzaba la vista hacia las vaporosas bolsas de larvas, colgadas de la bóveda de exuberantes robles que se curvaban sobre el agua. Las larvas parecían un reflejo de mí, flotando en sus globos de gasa contra el pálido cielo turquesa.

Aquel verano, todos los hombres salvo mi abuelo, Walter Tate, se raparon el pelo y se afeitaron los espesos bigotes y barbas. Durante la semana que más o menos tardamos en acostumbrarnos a sus barbillas pálidas y débiles, parecieron desnudos como salamandras ciegas. Curiosamente, al abuelo no le angustiaba el calor, ni siquiera con toda esa barba blanca que le caía por el pecho; según él, porque era un hombre de costumbres fijas y moderadas, y nunca bebía whisky antes de mediodía. Su viejo y roñoso abrigo con faldones ya estaba totalmente pasado de moda, pero no quería ni oír hablar de separarse de él. Y a pesar de que nuestra criada SanJuanna lo frotaba de vez en cuando con benceno, el abrigo nunca perdía su olor a mohó y ese extraño color que no era negro ni verde.

El abuelo vivía bajo el mismo techo que nosotros, pero era una especie de figura misteriosa. Tiempo atrás había dejado el negocio familiar en manos de su único hijo, mi padre, Alfred Tate, y se pasaba el día haciendo «experimentos» en su «laboratorio» de la parte de atrás. El laboratorio no era más que un viejo cobertizo que una vez formó parte de las dependencias de los esclavos. Cuando no estaba allí, salía a cazar especímenes o se refugiaba con sus apolillados libros en un rincón sombrío de la biblioteca, donde nadie se atrevía a molestarle.

Yo le pregunté a mamá si podía cortarme el pelo, que me colgaba denso y sofocante por toda la espalda. Dijo que no, que

no quería verme por ahí como una bestia esquilada. Me pareció claramente injusto, por no hablar del calor que pasaba, así que ideé un plan: cada semana me cortarían un par de dedos de cabello —sólo unos dedos de nada— y mamá no lo notaría, porque me camuflaría con buenos modales. Cuando me disfrazaba de muchachita educada, a menudo conseguía escapar de su riguroso análisis. Normalmente, mamá estaba agobiada por la exigencia constante de llevar una casa y por el alboroto incesante de mis hermanos. No os creeríais el caos y el jaleo que pueden armar seis hermanos. Además, el calor empeoraba sus terribles dolores de cabeza y tenía que recurrir a una cucharada grande del concentrado vegetal de Lydia Pinkham, considerado el mejor purificador de sangre para mujeres.

12

Esa noche cogí unas tijeras de coser y, eufórica y con el corazón a mil, corté el primer trozo. Miré el suave almiar de cabello cortado en la palma de mi mano. Acababa de dar mi primer paso adelante, al encuentro de ese siglo nuevo y reluciente para el que sólo faltaban unos meses. De hecho, fue un gran momento para mí. Esa noche dormí mal por miedo a la mañana siguiente.

Ya de día, bajé a desayunar conteniendo el aliento. Las tortas de pacana me supieron a cartón. ¿Y sabéis lo que ocurrió? Absolutamente nada. Nadie se dio cuenta de nada. Fue un alivio tremendo, pero al mismo tiempo pensé: «Muy típico de esta familia». En realidad, nadie notó nada hasta que pasaron cuatro semanas con sus cuatro pares de dedos; entonces, una mañana nuestra cocinera Viola se me quedó mirando. Pero no dijo una palabra.

Hacia finales de junio, el calor era tal que por primera vez en la historia mamá dejó las velas y la araña apagadas durante la cena. Hasta permitió que Harry y yo nos saltásemos las clases de piano durante dos semanas. Menos mal: Harry sudaba encima de las teclas, que se quedaban mates después de todo un minueto en sol. Por más que lo intentaran mamá o SanJuanna, era imposible devolverle el brillo al marfil. Además, nuestra profesora de música, la señorita Brown, ya estaba mayor, y su decrepito caballo tenía que arrastrar su calesa cinco kilómetros desde la pradera de Lea. Era posible que los dos se desplomasen

y hubiera que sacrificarlos. Lo que, pensándolo bien, no era tan mala idea. Cuando papá se enteró de que nos perderíamos las clases, dijo:

—Claro que sí. A un chico le hace tanta falta el piano como a una serpiente un tutú.

Mamá no quería escucharlo. Deseaba que su primogénito Harry, de diecisiete años, se convirtiera en un caballero. Tenía pensado enviarlo a la Universidad de Austin, a ochenta kilómetros de distancia, cuando cumpliera los dieciocho. Según el periódico, había quinientos alumnos en la universidad, diecisiete de los cuales eran chicas que estudiaban humanidades (como música, inglés o latín). Los planes de papá eran distintos: él quería que Harry fuese un hombre de negocios, algún día se encargase de la limpiadora de algodón y las plantaciones de pacana, y se uniera a los masones, como él. Sin embargo, por lo visto, las clases de piano no le parecían tan mala idea para mí, si es que alguna vez se paró a pensar en ello.

A finales de junio, el *Fentress Indicator* informó de que la temperatura era de 41°C en plena calle, a la salida de las oficinas del periódico. El artículo no mencionaba la temperatura a la sombra. Me pregunté por qué, si nadie en su sano juicio permanecía más de un segundo al sol salvo para ir corriendo al siguiente trozo de sombra, ya fuese bajo un árbol, en un granero o junto a un caballo de tiro. Me pareció que a los ciudadanos les resultaría mucho más útil la temperatura a la sombra. Escribí una carta al director señalándoselo y, para mi enorme sorpresa, apareció en el periódico la semana siguiente. Y, para sorpresa aún mayor de mi familia, empezaron a publicar también la temperatura a la sombra. Leer que ésta era de sólo 35°C nos hacía sentir algo más frescos a todos.

Hubo un aumento repentino de la actividad de los insectos, dentro y fuera de la casa. Los saltamontes salían en tropel de debajo de las pezuñas de los caballos. Las luciérnagas eran tantas que nadie recordaba un verano más espectacular. Cada noche, mis hermanos y yo nos reuníamos en el porche delantero y competíamos a ver quién descubría la primera. Ganar era todo un honor, además de muy excitante, sobre todo a partir de que mamá rescatara un pedazo de seda azul de su costurero e

hiciera una estupenda medalla, que remató con unas largas cintas. Entre dolor de cabeza y dolor de cabeza, bordó en ella PREMIO LUCIÉRNAGA DE FENTRESS con hilo dorado. Era un premio elegante y muy codiciado, que el ganador llevaba hasta la noche siguiente.

Las hormigas invadieron la cocina como nunca antes y se convirtieron en una tortura para Viola. Marchaban en formación militar por diminutas rendijas a lo largo de zócalos y ventanas, e iban directas al fregadero. Viola se alzó en armas contra ellas, pero fue en vano: estaban desesperadas por un poco de agua y nada las iba a detener. Nosotros considerábamos las luciérnagas un regalo y las hormigas una plaga, pero por primera vez se me ocurrió plantearme el porqué de esa distinción. Todas ellas eran criaturas que intentaban sobrevivir a la sequía, igual que nosotros. Pensé que Viola debía rendirse y dejarlas tranquilas, aunque lo reconsideré al descubrir que la pimienta negra en la ensalada de huevo no era precisamente pimienta.

14

Mientras que ciertos insectos nos invadían, otros pobladores habituales de nuestra propiedad, como las lombrices, desaparecieron. Mis hermanos se quejaban de la escasez de gusanos para pescar y de lo difícil que era encontrarlos cavando en la dura y reseca tierra. Quizás os preguntéis: ¿se puede adiestrar a las lombrices? Ya os digo yo que sí. La solución me pareció obvia: los gusanos siempre salían con la lluvia, y no era muy complicado hacerles creer que llovía. Me fui con un cubo de agua a una zona de sombra en las dos hectáreas de maleza y lo vertí en el suelo en el mismo sitio un par de veces al día. A los cinco días, sólo tuve que presentarme allí con mi cubo y los gusanos, atraídos por mis pasos y la promesa de agua, se arrastraron a la superficie. Los recogí y se los vendí a Lamar a un centavo la docena. Él me dio la lata para que le dijera dónde los había encontrado, pero no lo hice. En cambio, a Harry sí le confesé mi método, pues era mi favorito y a él no le ocultaba nada —bueno, casi nada.

—Callie Vee —dijo—, tengo algo para ti. —Fue a su escritorio y sacó un cuaderno tamaño bolsillo de piel de color rojo, con RECUERDO DE AUSTIN impreso en la cubierta—. Ya verás, no

lo he usado nunca. Puedes usarlo tú para apuntar tus observaciones científicas. Eres toda una naturalista en ciernes.

¿Qué era exactamente una naturalista? No estaba segura, pero decidí dedicar el resto del verano a ello. Si lo único que había que hacer era escribir lo que uno viera a su alrededor, sabría hacerlo. Además, ahora que tenía mi propio espacio donde anotar todo, veía cosas que no había visto antes.

Mis primeros apuntes fueron sobre perros. Debido al calor, se tumbaban tan quietos en el suelo que parecían estar muertos. Ni siquiera se molestaban en alzar la cabeza cuando mis hermanos los incordiaban con palos por puro aburrimiento. Se incorporaban el tiempo necesario para beberse toda su agua y se dejaban caer otra vez, levantando ráfagas de polvo en sus poco profundos huecos. Ni un disparo de escopeta habría espabilado a *Áyax*, el perro de caza de mi padre, así que no digamos un pisotón enfrente de su hocico. Se tumbaba con la boca abierta y podías contarle los dientes. Así descubrí que el paladar de un perro está muy arqueado en su parte posterior, gazonate abajo, seguro que para facilitar el paso de una presa difícil en una sola dirección: la de la cena. Apunté eso en mi cuaderno.

Observé que la expresión facial de un perro se refleja sobre todo en el movimiento de sus cejas. Escribí: «¿Por qué tienen cejas los perros? ¿Para qué las necesitan?». Se lo pregunté a Harry, pero no lo sabía. Dijo:

—Pregúntale al abuelo. Él sabe estas cosas.

Pero no lo hice. El viejo tenía unas cejas tupidas como las de un dragón, y en conjunto su aspecto era demasiado imponente para que una niña lo pasara por alto. Nunca me había hablado directamente, que yo recordara, y no estaba convencida de que supiera mi nombre.

Luego centré mi atención en los pájaros. No sé por qué, aquel año rondaban por ahí un montón de cardenales. Me hacía gracia Harry cuando decía que teníamos una buena cosecha de ellos, como si tuviéramos algo que ver con su número, como si nos hubiéramos trabajado esos cuerpos brillantes y alegres y los hubiéramos colocado en árboles a lo largo de nuestro camino de grava como adornos de Navidad. Pero como había tantos y la sequía había recortado su dieta habitual de semillas y

bayas, los machos se peleaban con furia para dominar cada almez. Encontré a un macho muerto y mutilado entre los matorros; fue una visión alarmante y triste. Después, una mañana una hembra vino a posarse en el respaldo de la silla de mimbre que había a mi lado, en el porche. Me quedé inmóvil; si extendía la mano, podía tocarla con el dedo. Del pico albaricoque claro le colgaba un bulto de materia entre gris y marrón. Parecía un ratoncito muy pequeño, del tamaño de un dedal, muerto o moribundo. Cuando lo conté durante la cena, papá dijo:

—Calpurnia, los cardenales no comen ratones: viven de vegetales. Sam Houston, pásame las patatas, por favor.

—Ya, bueno, yo sólo lo digo, papá —contesté sin convicción, y luego me enfadé conmigo misma por no defender lo que había visto con mis propios ojos.

La idea de que los cardenales tuvieran una conducta tan antinatural me repelía: el paso siguiente sería el canibalismo. Antes de acostarme esa noche, llené en el establo una lata de avena y la esparcí por el camino de grava. Apunté en mi cuaderno: «¿Cuántos cardenales habrá el año que viene si no tienen suficiente para comer? Acordarme de contarlos».

Lo siguiente que escribí en la libreta fue que aquel verano teníamos dos clases diferentes de saltamontes. Teníamos esos pequeños y rápidos de siempre, de color esmeralda con motitas negras. Y había otros enormes, amarillo brillante, el doble de grandes y aletargados, tan gordos que doblaban la hierba al aterrizar en ella. Nunca los había visto antes. Interrogué a todos los de la casa, excepto al abuelo, para averiguar de dónde salían esos ejemplares amarillos tan raros, pero nadie supo decírmelo. Tampoco les interesaba lo más mínimo.

Como último recurso, hice acopio de coraje y fui al laboratorio de mi abuelo. Aparté el trozo de arpillera que hacía de puerta y me quedé temblando en el umbral. Él, sorprendido, alzó la vista de la mesa en la que estaba vertiendo un líquido marrón de aspecto horrible en distintos crisoles y probetas. No me invitó a entrar. Yo tartamudeé mi enigma sobre los saltamontes mientras él me observaba como si le costara ubicarme.

—Oh —dijo, lacónico—, sospecho que una chica lista como tú lo sabrá resolver. Ven a contármelo cuando lo hayas hecho.

Apartó la vista de mí y se puso a escribir en un libro.

Y eso fue todo; así fue mi audiencia con el dragón. Decidí que había quedado en tablas: por un lado no me había escupido fuego, pero por el otro no me había ayudado en nada. A lo mejor le dio rabia que interrumpiera su trabajo, aunque me había hablado en un tono educado. Tal vez si me hubiera traído a Harry conmigo, el abuelo me habría hecho más caso. Yo sabía en qué estaba trabajando: por algún motivo, se le había metido en la cabeza encontrar la manera de destilar pacanas para hacer whisky. Por lo visto, su teoría era que, si se pueden hacer buenos licores con el maíz común y la humilde patata, ¿por qué no con la magnífica pacana? Y Dios sabe que nosotros nadábamos en ellas: teníamos hasta veinticuatro hectáreas de esos árboles.

Regresé a mi cuarto y medité sobre el misterio de los saltamontes. Tenía uno de los verdes y pequeños en un tarro sobre el tocador, y lo observé para inspirarme. Había sido incapaz de atrapar uno amarillo, a pesar de que eran mucho más lentos.

—¿Por qué sois diferentes? —pregunté, pero él se negó a contestarme.

A la mañana siguiente me despertó, como siempre, un correteo en la pared junto a mi cama. Era una zarigüeya, que volvía a su guarida a la hora habitual. Poco después, oí los golpes y porrazos de las pesadas guillotinas cuando SanJuanna abrió las ventanas del salón, debajo de mi dormitorio. Me senté en mi alta cama de latón y, de repente, se me ocurrió que los saltamontes amarillos tenían que ser una especie completamente nueva, separada y aparte de la de los verdes, y que yo, Calpurnia Virginia Tate, la había descubierto. ¿Y acaso el descubridor de una nueva especie no le ponía su nombre? ¡Me iba a hacer famosa! Mi apellido se anunciaría por el mundo entero, el gobernador me estrecharía la mano y la universidad me aseguraría un diploma.

Pero ¿qué hacía ahora? ¿Cómo reclamaba mis derechos en el mundo natural? Tenía una vaga idea de que debía escribirle a alguien para registrar mi hallazgo, a algún funcionario de Washington.

Había oído discusiones durante la cena entre mi abuelo y nuestro pastor, el señor Barker, referentes al libro del señor

Charles Darwin *El origen de las especies* y los dinosaurios que estaban desenterrando en Colorado, y lo que eso significaba para el libro del Génesis. Hablaban de cómo la naturaleza descartaba a los débiles y dejaba a los fuertes para que siguieran adelante. Nuestra maestra, la señorita Harbottle, había hablado de Darwin muy por encima, con cara de desconcierto mientras lo hacía. Seguro que un libro como ése, que trataba sobre el origen de las especies, me diría qué hacer. Pero ¿cómo diablos iba a echarle la mano encima si en nuestro rincón del mundo aún estaba al rojo vivo la polémica sobre tales temas? Hasta había una facción activa de la Sociedad de la Tierra Plana en San Antonio.

Entonces me acordé de que Harry tenía que ir a Lockhart a por víveres con el carromato largo. Lockhart era la sede del condado de Caldwell, y allí estaba la biblioteca. Allí se encontraban los libros. Sólo tenía que pedirle a Harry que me llevase, el único hermano que no me negaba nada.

18

En Lockhart, después de hacer nuestros recados, Harry merodeó en una esquina para poder admirar la figura de las damas que pasaban exhibiendo los últimos modelos adquiridos en la sombrerería. Yo farfullé alguna excusa y me escabullí por el patio del juzgado. La biblioteca estaba fresca y oscura; fui hasta el mostrador, donde la anciana bibliotecaria le entregaba unos libros a un señor gordo con un traje blanco de lino. Después llegó mi turno, pero justo en ese momento apareció una joven madre con un niño pequeño; eran la señora Ogletree y su hijo Georgie, de seis años. Georgie y yo teníamos la misma profesora de piano y su madre conocía a la mía. Oh, no; lo último que quería era un testigo.

—Buenas tardes, Callie —dijo ella—. ¿Está aquí tu madre?

—Está en casa, señora Ogletree. Hola, Georgie.

—Hola, Callie —contestó el niño—. ¿Qué estás haciendo?

—Pues... miro libros. Pero vosotros ya tenéis los vuestros, pasad delante, por favor.

Retrocedí un paso y les hice un ademán exagerado para que pasaran.

—Vaya, gracias, Callie —respondió ella—. Qué modales tan encantadores. Se lo comentaré a tu madre la próxima vez que la vea.

Al cabo de una eternidad, se fueron. Yo no dejaba de mirar a mi alrededor, por si acaso aparecía alguien más. La bibliotecaria me frunció el ceño. Me acerqué al mostrador y murmuré:

—Por favor, señora, ¿tiene un ejemplar del libro del señor Darwin?

Ella se inclinó hacia mí y dijo:

—¿El qué?

—El libro del señor Darwin. Ya sabe, *El origen de las especies*.

Volvió a fruncir el ceño y ahuecó una mano detrás de su oreja:

—Tienes que hablar más alto.

Lo hice, con voz temblorosa.

—El libro del señor Darwin, por favor.

Me clavó una agria mirada y respondió:

—Desde luego que no. Jamás tendría tal cosa en mi biblioteca. Hay una copia en la biblioteca de Austin, pero habría que encargarla por correo. Son cincuenta centavos. ¿Tienes cincuenta centavos?

—No, señora.

Noté que me estaba poniendo roja. Jamás en mi vida había tenido cincuenta centavos.

—Además —añadió—, necesitaría una carta de tu madre en la que te diera permiso para leer ese libro en concreto. ¿Tienes una carta así?

—No, señora —respondí, avergonzada.

Empezaba a picarme el cuello, lo que anunciaba un brote de urticaria. La bibliotecaria resopló.

—Me lo imaginaba. Y ahora, tengo libros que ordenar.

Me entraron ganas de llorar de rabia y humillación, pero me negaba a hacerlo delante de esa vieja bruja. Salí de la biblioteca echando humo y encontré a Harry holgazaneando frente al colmado. Me miró con cara de preocupación. Yo me rasqué las ronchas que me habían salido en el cuello y chillé:

—¿De qué sirve una biblioteca si no te dan un libro?!

Harry echó un vistazo alrededor.

—¿De qué estás hablando?

—Hay gente que no debería ser bibliotecaria —afirmé—.

Quiero irme a casa.

Durante el largo, cálido y silencioso trayecto de vuelta en el carromato atiborrado de cosas, Harry me miró:

—¿Qué te pasa, bicho?

—Nada —le solté.

No, absolutamente nada, salvo que me ahogaban la rabia y el resentimiento, y no estaba de humor para hablar de ello. Por una vez me alegré de la privacidad de ese gorro tan hondo que mamá me hacía llevar para que no me salieran pecas con el sol.

—¿Sabes lo que hay en esa caja? —me preguntó Harry—.

¿La que tienes justo detrás? —No me molesté en contestar. Ni lo sabía, ni me importaba. Odiaba el universo—. Una máquina de viento, para mamá.

Si se hubiera tratado de cualquier otro de mis hermanos, le habría gruñido: «No seas ridículo. Eso no existe».

—De verdad que sí —insistió él—. Ya lo verás.

20

Al llegar a casa se me hicieron insoportables el barullo y la agitación de descargar el carromato y me fui corriendo al río. Me quité gorro, delantal y vestido, y me tiré al agua, sembrando el terror entre los renacuajos y las tortugas del lugar. Perfecto. Esa bibliotecaria me había estropeado el día y yo estaba decidida a hacer lo mismo con el de alguien (o algo) más. Metí la cabeza debajo del agua y lancé un fuerte y largo grito, cuyo sonido borboteó en mis oídos. Salí a por aire y lo repetí. Y lo volví a repetir una vez más, para hacer las cosas bien. El agua fresca me calmó poco a poco. Al fin y al cabo, ¿qué era un libro para mí? En el fondo daba igual. Algún día iba a tener todos los libros del mundo, estantes y estantes llenos. Viviría en una torre hecha de libros; me pasaría el día leyendo y comiendo melocotones. Y si algún caballero con armadura se atrevía a acercarse en su blanco corcel y a rogarme que le lanzara mi trenza, lo acribillaría con huesos de melocotón hasta que se marchara.

Me puse de espaldas y contemplé a una pareja de golondrinas que sobrevolaban el río de un lado a otro. Pese a mis horas

de libertad, el verano no marchaba como había previsto. A nadie le interesaban las preguntas que anotaba en mi cuaderno. A nadie le interesaba ayudarme a obtener las respuestas. El calor chupaba la energía a todos y a todo. Pensé en nuestra querida, gran y vieja casa, y en lo triste que estaba en medio de ese pasto amarillo y seco. La hierba solía ser suave, fresca y verde, y daba ganas de quitarse las botas, correr descalzo y tumbarse en el suelo, pero ahora era de un dorado brillante y chamuscado, y tan peligrosa para los pies como la paja o el rastrojo. La hierba amarilla hacía más complicado ver mi flamante especie de saltamontes: no los encontrabas hasta que prácticamente los estabas pisando. Entonces se alzaban silbando, volaban pesadamente unos metros mientras hacían tabletear las alas y desaparecían. Costaba atraparlos, aunque fueran gordos y lentos. En cambio a los de color esmeralda, más pequeños y veloces, estaba tirado cogerlos. Y es que eran demasiado fáciles de detectar. Los pájaros se los zampaban todo el tiempo, mientras los amarillos se escondían por ahí cerca y se burlaban de sus primos menos afortunados.

21

Entonces lo entendí: no había ninguna especie nueva, sino que todos eran el mismo tipo de saltamontes. Los que habían nacido algo más amarillos podían vivir mucho en tiempos de sequía, porque los pájaros no los veían en la hierba reseca. A los verdes los pillaban las aves y no duraban lo bastante como para crecer. Sólo sobrevivían los amarillos porque estaban en mejores condiciones de sobrevivir al tórrido clima. El señor Charles Darwin tenía razón, y la prueba estaba en mi propio jardín.

Me quedé estupefacta en el agua, pensando en ello y observando el cielo, en busca de algún fallo en mi razonamiento, de alguna grieta en mi conclusión. Pero no encontré ninguna. Así que chapoteé hasta la orilla, me alcé agarrándome a unas hojas de alopecia que vi a mano, me sequé con el delantal, me vestí lo más rápido que pude y corrí a casa.

Al llegar, encontré a toda la familia apiñada alrededor de una caja abierta en el recibidor. Entre virutas de madera asomaba una máquina achaparrada de metal negro, con cuatro palas delante y un depósito de vidrio detrás en el que mi padre

echaba queroseno. En el centro de las palas, un tachón redondo de bronce anunciaba, con letras de filigrana: MÁQUINAS DE VIENTO CHICAGO.

Papá dijo:

—Atrás.

Prendió una cerilla y encendió el cacharro. La habitación se llenó de un olor mineral y una gran bocanada de aire. Todos mis hermanos gritaron con entusiasmo. Yo también, aunque por otro motivo.

La vida en casa fue un poco más fácil después de eso. Mamá se retiraba a mediodía con su máquina de viento y todas nuestras vidas mejoraron, en especial la de papá, al que ella invitaba a veces a retirarse con ella.

Tardé una semana en superar los nervios de ir a ver otra vez al abuelo. Estaba sentado en su laboratorio, en un desven-
cijado sillón con el relleno salido y roído por los ratones. Dije:

—Ya sé por qué los saltamontes amarillos son grandes y los pequeños, verdes.

22 Le conté mi descubrimiento y cómo lo había resuelto. Me movía inquieta mientras él me miraba y escuchaba en silencio. Al cabo de un rato, contestó:

—¿Se te ha ocurrido a ti sola? ¿Sin ayuda?

Le dije que sí y entonces le hablé de mi humillante viaje a la biblioteca de Lockhart. Me observó un instante con una expresión extraña —tal vez fuera sorpresa o tal vez consternación—, como si yo fuese una especie a la que nunca había visto antes. Dijo:

—Ven conmigo.

No pronunció una palabra mientras nos dirigíamos a la casa. Oh, cielos. Había hecho algo inconcebible, y no una vez, sino dos: interrumpirle en su trabajo. ¿Pensaba llevarme con mamá para una nueva lección sobre buenos modales? Me condujo a la biblioteca, donde los niños no debíamos entrar. Pensaba darme la lección él mismo. A lo mejor me reñía por mi absurda teoría, o quizá me diera en las manos con una vara. Mi terror aumentó. ¿Quién me creía yo, Callie Vee Tate de Fentress, Texas, para considerar siquiera semejantes asuntos? Mira que era tonta.

A pesar del miedo, eché un buen vistazo a la sala, pues sabía que no volvería a tener la oportunidad de hacerlo. La biblioteca estaba poco iluminada, aun con las pesadas cortinas de terciopelo verde botella retiradas de las dobles ventanas altas. Al lado de una de ellas había un sillón inmenso de cuero agrietado y un carrito como mesa, con una lámpara encima para leer. Había libros en el suelo, junto al sillón, y otros colocados en estantes altos hechos con madera de nuestras pacanas malogradas (no podíamos evitar la presencia constante de las pacanas en nuestras vidas). El gran escritorio de roble estaba lleno de enigmáticas rarezas: un huevo vaciado de avestruz sobre una base de madera labrada, un microscopio dentro de una caja de piel de zapa, un diente de ballena tallado en forma de mujer pechugona con un corsé tirando a insuficiente... La Biblia familiar y un grueso diccionario con una lupa propia descansaban una al lado del otro junto a un álbum de felpa roja, lleno de apretados retratos formales de mis antepasados. Vaya. ¿Me iba a caer el sermón de la Biblia o el de no estar a la altura de mis ancestros? Aguardé mientras él se lo pensaba. Observé las paredes, que estaban cubiertas de vitrinas con inquietantes insectos de palo y mariposas de mil colores brillantes. Debajo de cada alegre ejemplar había un nombre científico escrito con la esmerada caligrafía de mi abuelo. Perdí la compostura y me acerqué a echar un vistazo.

—El oso —dijo el abuelo. «¿Eh?», pensé yo—. Cuidado con el oso —repitió, justo cuando tropecé con la boca abierta y burlesca de una piel de oso negro que hacía de alfombra. Con esa penumbra, sus colmillos eran como una trampa para incautos.

—Claro, el oso. Señor.

El abuelo abrió la cadena de su reloj para sacar una llave minúscula. Con ella abrió un armario alto de vidrio repleto de más libros, aves disecadas, animales en botellas y demás curiosidades. Me acerqué sigilosa para ver mejor tan irresistible exposición. Mi mirada se cruzó con la de un armadillo deforme, retorcido, combado y con bultos, sin duda disecado por un aficionado inepto. ¿Por qué tenía eso? Yo lo habría hecho mejor. Al lado había una botella de vidrio grueso de 20 litros que contenía el bicho más extraño que jamás había visto: una masa

gruesa y fofa con múltiples brazos y dos grandes ojos fijos que el vidrio distorsionaba y hacía más enormes; ni salido de una pesadilla. ¿Qué cuernos sería? Me aproximé más.

El abuelo fue a por la pila de libros. Vi el *Infierno* de Dante junto a la *Ciencia del globo de aire caliente*. Había un *Estudio de la reproducción de los mamíferos* y un *Tratado sobre el dibujo del desnudo femenino*. Eligió un volumen forrado de suntuoso tafilete verde con hermosos adornos dorados. Lo limpió con la manga, aunque yo no vi que tuviera polvo. Con aire ceremonioso, se inclinó y me lo entregó. Lo miré: *El origen de las especies*. Ahí, en mi propia casa. Lo acogí con ambas manos. Él sonrió.

Así comenzó mi relación con el abuelito.

Capítulo 2

El compás de la mañana

Las leyes que rigen la herencia son muy poco conocidas; nadie sabe por qué [...] el niño, a menudo, remite en ciertos aspectos al abuelo [...].

Tres días después, bajé las escaleras en silencio y salí al porche delantero muy temprano, antes de que la avalancha diaria de mis hermanos quebrara la paz matutina. Esparcí un puñado de semillas de girasol treinta pasos más allá del camino de grava para atraer a los pájaros; después me senté en las escaleras sobre un cojín viejo y raído que había rescatado de un baúl. Hice una lista en mi cuaderno de piel roja de todo lo que se movía. ¿No era eso lo que hacían los naturalistas?

Una de las semillas de girasol saltó sobre las losas de pizarra del camino principal. Qué raro. Tras una inspección, resultó ser un sapo diminuto, de medio centímetro de largo, que brincaba vigorosamente persiguiendo a un ciempiés fugitivo, el cual a su vez no era mayor que un trozo de hilo; ambos se afanaron como desesperados hasta desaparecer en la hierba. Después, una tarántula, de tamaño y vellosidad asombrosos, surcó la grava a la caza de algo más pequeño o bien perseguida por algo mayor, no habría sabido decirlo. Me di cuenta de que existían millones de pequeños dramas desarrollándose sin cesar, aunque no tenían nada de pequeños para el cazador y la presa que luchaban en la frontera entre la vida y la muerte. Yo era una simple holgazana que pasaba por allí, pero ellos se jugaban su sustento.

Entonces un colibrí dobló a toda pastilla una esquina de la casa y se sumergió en la trompeta del lirio más cercano, mustio por el calor. Al no encontrarlo de su agrado, retrocedió bruscamente y exploró el siguiente. Yo me senté a unos cuantos metros, embelesada, lo bastante cerca para oír el furioso y grave zumbido de sus alas, tan desacorde con su aspecto de joya y su actitud desenvuelta. Después de detenerse en el borde de una flor, se volvió y me vio. Planeó un segundo en el aire y se abalanzó sobre mí. Me quedé quieta; se detuvo a diez centímetros escasos de mi rostro y allí se quedó, lo juro. Sentí la minúscula ráfaga de viento de sus alas contra mi frente y, en un acto reflejo, mis ojos se cerraron con fuerza por un impulso propio. Ojalá hubiera sido capaz de mantenerlos abiertos, pero fue una reacción natural que no pude evitar. En el instante de abrirlos, el pájaro voló; era del tamaño de una pacana. Si me hubieran movido la rabia o la curiosidad —quién las podría distinguir—, lo habría aplastado perfectamente de un simple manotazo.

26

Una vez vi a *Áyax*, el mejor perro de papá, meterse en una pelea con un colibrí y salir perdiendo. El pájaro se le lanzó en picado y lo espantó, hasta que él retrocedió hacia el porche con aspecto avergonzado. (Un perro puede tener aspecto avergonzado, ¿sabéis? Éste se puso a dar vueltas y a lamerse sus partes, signo evidente de que un perro intenta ocultar sus verdaderos sentimientos.)

Se abrió la puerta y el abuelito apareció en el porche con una antigua cartera de piel colgada del hombro, una red para cazar mariposas en una mano y un bastón de madera de rota en la otra.

—Buenos días, Calpurnia —dijo. Así que sabía mi nombre.

—Buenos días, abuelito.

—¿Puedo preguntarte qué tienes ahí?

Me puse en pie de un salto.

—Es mi cuaderno científico —contesté, presuntuosa—. Me lo dio Harry. Apunto todo lo que observo. Mire la lista de esta mañana.

«Observar» no era una palabra que usara mucho en mis conversaciones, pero quería demostrarle que iba en serio. Él

dejó la cartera en el suelo e hizo unos interesantes ruiditos. Sacó sus anteojos y miró mi lista. Decía:

cardenales, macho y hembra
 un colibrí y otros pájaros (?)
 conejos, unos cuantos
 gatos, alguno
 lagarto, verde
 insectos, varios
 saltamontes C. V. Tate, grandes-amarillos
 y pequeños-verdes (que son de la misma especie)

Se sacó los anteojos y dio unos golpecitos en la página.

—Un buen principio —afirmó.

—¿Principio? —dije, dolida—. Pensaba que ya estaba.

—¿Cuántos años tienes, Calpurnia?

—Doce —contesté. Se me quedó mirando—. Once y tres cuartos solté. Prácticamente doce, de verdad. Apenas se nota la diferencia.

—¿Y cómo te va con el señor Darwin a bordo del *Beagle*?

—Oh, es maravilloso. Sí, maravilloso. Por supuesto, aún no lo he leído entero. Me estoy tomando mi tiempo.

A decir verdad, había leído varias veces el primer capítulo y me parecía muy complicado. Así que había pasado directamente a la parte sobre «selección natural», pero me seguía peleando con el lenguaje. El abuelito me miró muy serio.

—El señor Darwin no escribió para un público de once años y tres cuartos-prácticamente doce. Tal vez un día de éstos podríamos hablar de sus ideas. ¿Te parecería bien?

—Sí —dije—. Sí, señor, sí.

—Voy al río a recoger especímenes. Hoy, del orden Odonata, creo. Libélulas. ¿Te gustaría acompañarme?

—Sí, por favor.

—Nos tendremos que llevar tu cuaderno.

Abrió la cartera y dentro vi unos botes de vidrio y una *Guía de insectos*, el paquete de su almuerzo y un frasco de plata en miniatura. Metió mi cuaderno y mi lápiz al lado. Yo recogí la red de cazar mariposas y me la colgué encima del hombro.

—¿Vamos? —dijo, y me ofreció su brazo como un caballero que llevara a una dama a cenar. Lo enlacé con el mío, pero era mucho más alto que yo y tuvimos que bajar las escaleras a empujones, así que le solté el brazo y le cogí la mano. Tenía una palma callosa y seca, y las uñas gruesas y curvadas, como una formación milagrosa de cuerno y piel. Mi abuelo pareció sorprendido y luego contento, creo, aunque no estaba del todo segura. En cualquier caso, su mano se cerró sobre la mía.

Anduvimos con mucho cuidado a través del campo salvaje hasta el río. El abuelito se paraba de vez en cuando a observar una hoja, una piedra o un montón de tierra, cosas que a mí no me parecían nada del otro mundo. Lo interesante era cómo se agachaba sobre ellas y escudriñaba cada objeto antes de extender una mano lenta y deliberada. Era cuidadoso con todo lo que tocaba: devolvía cada bicho al lugar donde lo había encontrado y volvía a colocar cada pila de tierra en su sitio. Yo me quedaba aguantando la red de mariposas, preparada y con ganas de lanzarme sobre algo.

28

—¿Sabes, Calpurnia, que la clase Insecta incluye al mayor número de organismos vivientes conocidos por el hombre?

—Abuelito, nadie me llama Calpurnia excepto mamá, y sólo cuando me he metido en un buen lío.

—¿Y eso por qué? Es un nombre precioso. La cuarta esposa de Plinio el Joven, con la que se casó por amor, se llamaba Calpurnia, y él nos dejó algunas de las mejores cartas románticas de todos los tiempos. Y luego está el árbol de la acacia de Natal, del género *Calpurnia*, un útil laburno que sobre todo se encuentra en el continente africano. Y la mujer de Julio César, que Shakespeare menciona. Y podría continuar.

—Ah, eso no lo sabía.

¿Por qué nadie me había contado esas cosas? Todos mis hermanos salvo Harry llevaban nombres de orgullosos héroes tejanos, muchos de los cuales se habían dejado la piel en el Álamo. (A Harry lo bautizaron así por un tío abuelo soltero con dinero y sin herederos; algo tendrían que ver las ganas de recibir una herencia.) A mí me habían puesto el nombre de la hermana mayor de mi madre. Supongo que podría haber sido peor: sus hermanas pequeñas eran Agatha, Sophronia y Von-

zetta. De hecho, podría haber sido mucho peor, como la hija del gobernador Hogg, Ima. ¡Caramba, Ima Hogg!¹ ¿Os lo imagináis? Me preguntaba si su gran belleza y su enorme fortuna bastaban para protegerla de una vida de torturas. A lo mejor, si tenías dinero suficiente nadie se reía de ti nunca. Y yo, Calpurnia, que siempre había odiado mi nombre... ahora resultaba que era un nombre refinado, que era música, que era poesía. Que era... increíblemente irritante que nadie de mi familia se hubiera molestado en contarme nada de aquello.

Pues nada, que Calpurnia estaba bien.

Seguimos adelante entre árboles y maleza. A pesar de su edad y de llevar anteojos, el abuelito tenía una vista mucho más aguda que la mía. Donde yo sólo veía una hoja con moho y palos secos, él veía escarabajos camuflados, lagartos inmóviles y arañas invisibles.

—Mira ahí —me dijo—. Un Scarabaeidae, probablemente *Cotinus texana*. El escarabajo verde. No es habitual encontrarlo durante una sequía. Atrápalo en la red, con cuidado, ya.

Dejé caer la red y el bicho ya era mío. Él lo extrajo y lo sostuvo en la mano para que lo examináramos juntos. Medía un par de centímetros y era de un verde ordinario; en apariencia no tenía nada de excepcional. Pero cuando el abuelito le dio la vuelta, vi que por la parte de abajo era de un verde azulado lustroso y sorprendente, irisado y con toques violeta. Los colores cambiaban mientras el animal se retorció desesperado. Me recordó al broche de caracola de mi madre, raro y precioso.

—Qué bonito.

—Está emparentado con el mismo escarabajo que los antiguos egipcios adoraban como símbolo del sol matinal y la vida después de la muerte. A veces los llevaban a modo de joyas.

—¿En serio?

Me pregunté cómo conseguías que un escarabajo se te quedara en el vestido. Me imaginé clavándole un alfiler o quizá pegamento, pero ninguna de las dos cosas parecía muy buena idea.

1. En inglés suena como I'm a hog, es decir: Soy un cerdo. (*N. de la E.*)

—Toma —dijo, y me lo tendió.

Me lo puso en la palma, y me enorgullezco de decir que no parpadeé. El escarabajo me hacía cosquillas al caminar.

—¿Nos lo quedamos, señor? —pregunté.

—Ya tengo uno en mi colección de la biblioteca. A éste lo podemos soltar.

Puse la mano en el suelo y el bicho, o mejor dicho, el *Cotinus texana* se bajó y se alejó despreocupado.

—¿Qué sabes del Método Científico, Calpurnia?

Por el modo en que lo dijo, supe que eran palabras que se escribían con mayúscula.

—Pues... poca cosa.

—¿Qué estás estudiando en la escuela? Porque vas a la escuela, ¿no?

—Por supuesto que voy. Aprendemos a leer, a escribir, aritmética y caligrafía. Ah, y conducta. A mí me pusieron un suficiente en postura y un insuficiente en el uso del pañuelo y el dedal. A mamá no le hizo mucha ilusión.

30

—Dios santo, es peor de lo que creía —exclamó. Aunque no la entendí, fue una afirmación interesante—. ¿Y no hay ciencia? ¿Ni física?

—Un día tuvimos botánica. ¿Qué es física?

—¿No has oído hablar de sir Isaac Newton? ¿O sir Francis Bacon?

—No.

Ese nombre tan ridículo me dio risa, pero algo en la expresión del abuelito me decía que estábamos tocando un asunto muy serio y que se decepcionaría si yo no me lo tomaba así.

—Y supongo que te enseñan que el mundo es plano y que hay dragones que se zampan a los barcos que se caen por el borde. —Me miró fijamente—. Tenemos muchas cosas de que hablar. Sólo espero que no sea demasiado tarde. Vamos a buscar un lugar para sentarnos.

Reanudamos nuestro camino hacia el río y hallamos sombra bajo un hospitalario árbol en la parte baja de las pacanas. Entonces me contó unas cosas increíbles. Me contó maneras de llegar a la verdad de cualquier tema, no sólo sentándote a pensar en ello como Aristóteles (un señor griego, listo pero con-

fundido), sino saliendo a mirar con tus propios ojos; me habló de hacer hipótesis e idear experimentos, y de comprobar las cosas mediante la observación y llegar a una conclusión. Y de verificar luego la fuerza de tu conclusión una y otra vez. Me habló de la navaja de Occam, de Ptomoleo y la música de las esferas, y de que todo el mundo llevaba siglos equivocado sobre el Sol y los planetas. Me habló de Linneo y su sistema para nombrar a todos los seres vivos de la naturaleza, y de que él seguía ese sistema siempre que le ponía nombre a una nueva especie. Me habló de Copérnico y Kepler y de por qué la manzana de Newton se caía hacia abajo y no hacia arriba. De que la Luna siempre sigue un círculo alrededor de la Tierra. De la diferencia entre razonamiento deductivo e inductivo y de cómo el señor del nombre peculiar, sir Francis Bacon, dio en el clavo. El abuelito me contó que había viajado a Washington en 1888 para unirse a una nueva organización de caballeros que se autodenominaban National Geographic Society. Se organizaron en un grupo para llenar los puntos vacíos del globo, y sacar al país del lodazal de superstición y pensamiento atrasado en que se quedó atrapado tras la Guerra de Secesión. Todo eran novedades vertiginosas sobre un mundo muy alejado de los pañuelos y los dedales, que me fue revelado con paciencia bajo un árbol entre abejas amodorradas y marchitas flores silvestres.

31

Pasaron las horas y el sol se fue moviendo allá en lo alto (o, para ser exactos, lo hicimos nosotros aquí abajo, rotando despacio desde el día hacia la noche). Compartimos un grueso sándwich de queso con cebolla, un gran trozo de pastel de pacana y una cantimplora de agua. Luego él tomó un par de sorbos de su petaca de plata y echamos una siesta, mientras los insectos zumbaban y las sombras moteadas se desplazaban a nuestro alrededor.

Cuando nos despertamos, mojamos los pañuelos en el río para refrescarnos y nos pusimos en camino a paso de tortuga siguiendo la orilla. Respetando las instrucciones que me daba, atrapé algunos bichos raros que trepaban, volaban o nadaban y los examinamos a todos, pero sólo se quedó un insecto y lo metió en un tarro de conservas con agujeros en la tapa, que reconocí de nuestra cocina. (Viola no paraba de quejarse a mamá de

que le desaparecían los tarros, y mamá echaba la culpa a mis hermanos, que, por primera vez en la historia, resultaba que eran inocentes.) El tarro llevaba una pequeña etiqueta de papel pegada. Escribí con lápiz la fecha y la hora de recogida tal como me mandó, pero no supe qué poner sobre la localización.

—Piensa en dónde estamos —me aconsejó el abuelito—. ¿Lo sabrías describir de una manera concisa, para volver a encontrar este sitio si tuvieras que hacerlo?

Miré el ángulo del sol a través de los árboles y pensé en el rato que llevábamos andando.

—¿Puedo poner medio kilómetro al oeste de la casa Tate, cerca del roble con forma de horca?

32 Sí, era correcto. Seguimos adelante y encontramos uno de los senderos habituales de los ciervos, salpicado de excrementos. Nos sentamos y aguardamos en silencio. Una cierva de cola blanca apareció sin hacer ningún ruido; casi podía extender la mano y tocarla. ¿Cómo una criatura tan grande podía ser tan silenciosa moviéndose en el crujiente sotobosque? Volvió su largo cuello y me miró directamente, y por primera vez vi toda la inocencia de una mirada. Sus profundos ojos castaños eran enormes, y su expresión, suave y tierna. Sus grandes orejas se agitaban en todas direcciones, independientes la una de la otra. Cuando les dio un rayo de luz del sol, se volvieron de un rosa luminoso debido a la sangre que corría por ellas. Me pareció la criatura más preciosa que había visto, hasta que, segundos después, su cervatillo moteado se dejó ver. Oh, ese cervatillo me llegó al corazón, con su dulce rostro convexo, sus patas absurdamente frágiles y su pelaje todavía difuso. Deseé estrecharlo en mis brazos y protegerlo de un inevitable futuro de coyotes, hambre y cazadores. ¿Cómo era capaz la gente de dispararle a una belleza como ésa? Entonces el cervatillo hizo algo milagroso: plegó las patas delanteras, después las traseras y se tumbó en el suelo... ¡donde desapareció! Las manchas blancas repartidas por su lomo marrón se camuflaban tan bien en la luz moteada que en cuestión de un segundo ya sólo se veía el sotobosque.

El abuelito y yo nos quedamos inmóviles cinco minutos largos y luego, con cuidado, recogimos nuestras cosas y nos

fuimos. Seguimos el río hasta que las sombras se alargaron; entonces cruzamos en arco la maleza rumbo a casa. Durante la vuelta, él divisó el objeto más delicado del mundo salvaje: un nido de colibrí, frágil y tejido con destreza, más pequeño que una huevera.

—¡Qué suerte tan extraordinaria! —exclamó el abuelito—. Acuérdate de esto, Calpurnia. Puede que no vuelvas a ver otro en toda tu vida.

Aquel nido era una construcción intrincadísima, como algo fabricado por las hadas de mis cuentos infantiles. Estuve a punto de decirlo en voz alta, pero me detuve a tiempo: los miembros de la comunidad científica no decían esas cosas.

—¿Cómo podemos llevárnoslo a casa? —pregunté. Me daba miedo tocarlo.

—De momento lo meteremos en un tarro. En la biblioteca tengo una caja de vidrio del tamaño adecuado. Puedes exponerlo en tu habitación. Sería una pena esconderlo en un cajón.

La biblioteca era hasta tal punto territorio del abuelito, que ni mis padres iban mucho por allí. SanJuanna tenía permiso para quitar el polvo una vez cada tres meses. El abuelito solía cerrarla con llave, pero lo que no sabía era que, en las pocas ocasiones en que no había adultos por allí, a veces mis hermanos se alzaban unos a otros para mirar por el montante. Hubo un día que el segundo por arriba, Sam Houston, pudo echar un largo vistazo al libro de fotos de campos de batalla de Mathew Brady y nos describió sin aliento a los caballos masacrados que yacían en el barro y a los muertos descalzos con la mirada vacía y fija en el cielo.

Llegamos a casa hacia las cinco de la tarde. Jim Bowie y *Áyax* salieron corriendo a saludarnos en cuanto nos vieron por el camino de grava.

—Te has metido en un lío, Callie —resopló J.B.—. Mamá está hecha una furia. —Ignoró al abuelito—. Dice que te has saltado las prácticas de piano de hoy.

Era cierto. Habíamos reanudado las clases y supe que tendría que recuperar esas prácticas, además de media hora adicional como castigo. Eran las normas, pero no me importó: el día había valido la pena. Habría valido mil horas extra de piano.

Entramos en casa y el abuelito guardó el nido de colibrí en una cajita de vidrio y me lo dio. Después de entretenerme un momento en la biblioteca, dejé al abuelo y fui a defender mi caso ante mamá, pero fue en vano.

Me las arreglé para concentrar mi castigo de piano antes de la cena y toqué con el corazón ligero y con espíritu brioso y seguro, aunque esté mal decirlo. Esa noche me acosté agotada y llena de júbilo, con el nido de colibrí en su bonita caja sobre el tocador, junto a mis horquillas y cintas para el pelo.

Una semana después, éste era el aspecto de mi lista matutina:

6.15, claro y despejado, vientos del sur
8 conejos (7 comunes y 1 tipo liebre)
1 mofeta (joven, con pinta de perdida)
1 zarigüeya (muesca en oreja izquierda)
5 gatos (3 nuestros, 2 salvajes)
1 serpiente (de las de hierba, inofensiva)
1 lagarto (verde, del mismo color que las hojas
del lirio de día, muy difícil de ver)
2 halcones de cola roja
1 zopilote
3 sapos
2 colibríes (¿rufos?)
Odonata, Hymenoptera y Arachnidae
variados y no contados

Se lo enseñé al abuelito, que asintió para dar su aprobación. Es asombroso lo que uno puede ver cuando se sienta a mirar.